

La Nación, Buenos Aires (R.A.) 21 febrero 1924

UN PRONUNCIAMIENTO DE CINE *Por Miguel de Unamuno*

(Para LA NACION)

SALAMANCA, fin de año de 1923.

He estado más de tres meses sin escribir nada para estas mis habituales columnas de LA NACION, todo el tiempo transcurrido después del pronunciamiento de los generales casineros en 13 de septiembre último. No me sentía con ánimo para escribir de otra cosa cualquiera creyendo de mi deber informar a mis lectores argentinos del sentido de ese pronunciamiento, y quería, por otra parte, conceder a sus autores el plazo que para que se juzgue imparcialmente de su obra pidieron. Y no porque no me hubiese percatado desde un principio de lo que semejante pronunciamiento podría dar de sí. De tal modo que fui de los primeros en ponerme en contra de la obra del llamado Directorio.

Bastaba, en efecto, haber leído aquel bochornoso manifiesto que lanzó Primo de Rivera al país el 12 de septiembre; aquel documento que sólo pudo brotar o de una hora de anormalidad anímica o de un impulsivo pelicularo con una inteligencia por debajo de la mediana. El estilo—no quiero decir la redacción gramatical ni nada, externo y puramente literario—el estilo de aquel manifiesto delataba los frívolos motivos y las pequeñas pasiones personales, mejor: individuales, que dirigieron el pronunciamiento. En aquel desdichado documento, de una ligereza inconcebible, se hablaba de masculinidad y no de virilidad—macho no es varón—se proclamaba en los militares "casta" y con una "moral" propia, se acusaba al rey y hasta se le amenazaba, se declaraba a los del cotarro exentos de culpa y se concretaba el ataque a los llamados hoy viejos políticos—éstos son más viejos—en un solo hombre a quien se le llamaba "depravado" y "cínico". ¿Y por qué? Porque había contribuido a rescatar unos cautivos y porque se disponía a acabar esa disparatada campaña de Marruecos de la única manera digna y noble, haciendo la paz justa con los moros y renunciando a un injusto desquite por lo de Annual. Porque el desastre de Annual no fué, en el fondo, más que el justo castigo de la injusta agresión del general F. Silvestre, la consecuencia de las atrocidades que contra el derecho de gentes y las leyes eternas de humanidad habían cometido en Africa nuestros presuntos cruzados.

Esta y no otra es la culpa que se le echaba al ministro de Estado. Queríasele condenar por delito de alta traición. Y al noble caballero don Horacio Echevarrieta, el que medió en el rescate, se le han registrado sus tres casas, en Bilbao, las Arenas y Madrid, buscando pruebas de tratos con el enemigo.

Todo lo demás que contenía aquel pobre y triste manifiesto no era más que encubrimiento. No se trataba de llevar a cabo una revolución sancionada desde el poder; se trataba de evitar la revolución que se veía venir desde abajo, gracias sobre todo

a la persistente, enérgica y cauta acción de la minoría socialista del Parlamento que era la que llevaba sobre todo la obra de la Comisión de responsabilidades por el desastre de Annual.

No se olvide que en las últimas elecciones generales de diputados a Cortes la candidatura socialista obtuvo la mayoría en Madrid gracias a que el Partido Socialista era el que con más energía demandaba esas responsabilidades y a la vez el único que se pronunciaba por el completo abandono de la aventura marroquí. Aquella votación significó que el pueblo español deseaba en su mayoría ese abandono; que el pueblo español estima que el Ejército es para la Nación y no ésta para aquél, y que no hay, por tanto, que continuar una guerra ruinosa e injusta no más que para que un Ejército quede bien a su propio juicio y recobre un prestigio perdido. Las guerras no se emprenden para que se luzcan los Ejércitos.

El pronunciamiento se llevó a cabo para evitar el completo esclarecimiento de lo que ha pasado en Africa, para evitar que substanciado el proceso contra el general D. Dámaso Berenguer resultase, acaso, a toda luz la intromisión anticonstitucional del monarca en la dirección de la campaña y toda la culpa, que es la mayor, que le cabe a D. Alfonso en el desastre. Porque el desastre nació del fantástico ensueño de lo que hemos llamado el Vice-Imperio Ibérico, y de la tema del protectorado sobre Tánger. Ensueño de protectorado que acaba de venirse abajo a pesar de la asistencia que se fué a mendigar de Mussolini. Porque el viaje a Italia ha sido para la dinastía otro desastre como el de Annual. Sólo ha podido entusiasmar a algunos crédulos clérigos y a sus sacristanes.

Todo lo del sanciamiento y el descaje del caciquismo y el restablecer la autoridad no es más que bambolla y bambalinas, y modo de atraerse a los pobres aturdidos que sueñan con los horrores del comunismo y del sindicalismo. A tal punto que la desdichada plutocracia catalana vendió una vez más el alma de su pueblo por un poco de seguridad material, dejó que se injuriara e hiriera a la tan decantada personalidad catalana a cambio de que se le prometiera denunciar los tratados de comercio. Que no pudieron ser denunciados, a pesar de lo que se decía en el exabrupto del 12 de septiembre, porque "no son tan malos como parecían", según declaró poco después el firmante del exabrupto. Y es que no son tan malos como les parecía a los que le dictaron esa parte de su engendro.

El sanciamiento se ha reducido a unas ridículas cesantías, a medidas litúrgicas o de ordenanzas y a persecución a pobres agentes municipales. Y por cierto se han suicidado ya más secretarios de Ayuntamiento—algunos de ellos honrados aunque ne-

gligentes—que oficiales del Ejército se suicidaron después de lo de Annual.

Entre esas persecuciones, más de aparato y película que de substancia y drama, las hay verdaderamente monstruosas. El reciente procesamiento del ex ministro de Estado por supuesto delito de estafa es una de las cosas que demuestran a qué grado de abyección puede llegar un juez que tiene que servir fines políticos reprobables. Lo que autoriza toda la dureza de los juicios que contra la magistratura y la judicatura españolas ha pronunciado el Directorio, en preámbulos de decretos, y su presidente en discursos públicos, bien que, como los suyos, nada meditados ni comedidos, sino de atolondrado desahogo.

Hay que agregar la manera como se ejerce la censura. De lo que podríamos estar escribiendo mucho tiempo y haciendo reír con la mostración de los artículos o de los trozos de ellos tachados. En general tachan casi todo lo que no entienden, y como es tan poco lo que entienden...! Persiguen la ironía. "Esto está envenenado!" — exclamaba un censor ante algo que se le escapaba. Y hoy tachan lo que dejan pasar mañana y aquí lo que pasa allí. Hay, ante todo, que dar la impresión de que el pueblo está satisfecho con este que llaman el nuevo régimen, de que sólo discrepan de él cuatro eternos descontentos. Y poder hablar de "unanimidad". Si hubiesen creído que los disidentes, que los no conformados habríamos de ser muy pocos, nos habrían dejado decir todo y atacarnos. En Italia los fascistas quemaron la casa al que se atreve a discrepar en público; aquí la censura tacha la discrepancia. Aquí esgrimen el lápiz rojo o azul, ya que no pueden esgrimir la espada. Y es que se han encontrado con muy otra resistencia que la que esperaban.

Y mientras la obra cinematográfica de este pronunciamiento cómico se está desmoronando, mientras se hunden las ligeras bambalinas del Directorio, don Alfonso vuelve los ojos a aquellos viejos políticos con los que jugó y a quienes maltrató. Pero ya la cosa está clara; en España de aquí en adelante no cabrá el equívoco del liberalismo dinástico, en España ha muerto el alma de la monarquía constitucional, en España desde ahora liberal será sinónimo de republicano. Y por esto los únicos que de verdad se apresuraron a ofrecerse al Directorio fueron los antiliberales, los anticonstitucionales, los antiguos carlistas, los que aun sueñan en cruzadas contra la monarquía y en entregar a la Iglesia la enseñanza pública.

No sabemos qué régimen habrá en España cuando estas líneas se publiquen ahí, pero recuerden mis lectores cómo van resultando los vaticinios que vengo haciendo desde estas columnas. Y no olviden que les digo que ya no es posible en España liberalismo dinástico.